

34. LA SEGUNDA VENIDA

«En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Habrá señales en el sol y la luna y las estrellas, las naciones estarán angustiadas en la tierra y enloquecidas por el estruendo del mar y el oleaje; y los hombres muertos de terror, ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo, temblarán. Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube, con gran poder y gloria. Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación.

Tened cuidado: no se os embote la mente con el vicio, la bebida y la preocupación del dinero y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra. Velad, pues, en todo tiempo, orando, para escapar de todo lo que está por venir y comparecer ante el Hijo del Hombre» (Lc 21,25-28.34-36);

Aprended lo que os enseña la higuera: Cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, sabéis que la primavera está cerca; pues cuando veáis vosotros suceder esto, sabed que él está cerca, a la puerta. Os aseguro que no pasará esta generación antes que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán. El día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre (Mc 13,24-32).

El Evangelio según San Lucas hoy se sitúa en el recinto del templo. A la observación hecha por algunos sobre la belleza de este templo, Jesús ilustra sobre el futuro de destrucción que lo amenaza. Pero, esto no debe confundirse con la implantación definitiva y feliz del Reino de Dios, la cual estará precedida por un tiempo de protagonismo religioso no judío.

El texto describe un gigantesco cataclismo cósmico, el consiguiente pavor de la humanidad y, tomándola del libro apocalíptico de Daniel, describe la grandiosa llegada del Hijo del Hombre, que pondrá fin a las dificultades y sufrimientos de los cristianos comprometidos. "Se acerca vuestra liberación". Y los interpela: Vosotros velad, cuidaos, estad siempre despiertos. Eso que está por venir no es un cataclismo cósmico, sino un futuro de dificultad y sufrimiento que le sobrevendrá al cristiano comprometido. Las dos llamadas de atención invitan, a estos cristianos, a vivir con esperanza el reino de Dios, que llega y a no desfallecer ante las adversidades. **El profeta Jeremías** anuncia: *«Oráculo del Señor: Mirad que llegan días, en que cumpliré la promesa, que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá...»*. La profecía es el género literario más peculiar de la Biblia. El profeta es un vocacionado, un elegido del Señor. Habla en nombre del Señor, proclama la palabra de Dios, es intérprete entre Dios y los hombres, es la voz de Dios y la voz de los que no tienen voz. Ejerce la denuncia profética contra la injusticia social, es la conciencia crítica de la sociedad, denuncia el presente y anuncia el futuro.

Esta perícopa de Lucas recoge imágenes tomadas de la literatura profética y apocalíptica, con un lenguaje gráfico y metafórico, cuya verdad reside, por tanto, no en la letra, sino en lo que trasluce y sugiere. Anuncia la magia de un futuro mejor, evocación y sugerencia, no el fin del mundo. Sobre el origen y el final del mundo la Biblia no hace ninguna descripción científica, sino que manifiesta lo que importa a la salvación del hombre, aquí lo importante de las imágenes es que la historia que el hombre construye no es buena, pero, no por ello, está abocada a la ruina. Y ello, sólo por el cuidado providente de Dios. Es la forma de expresar que caminamos hacia un mundo nuevo, que hay que cambiar, establecer la paz y la justicia y hacer saltar en añicos el mundo viejo. Este mundo, que hace el hombre, no es bueno; por eso, no podemos dormir hasta que no venga el Hijo del Hombre, o sea, hasta que no se construya un mundo nuevo, hasta que todos los hijos de los hombres no se traten como hermanos.

La Biblia no es un libro pesimista en cuanto al futuro del hombre ni un libro de ciencia, pero toda ella trata del hombre, de sus esperanzas y desesperanzas. La salvación no pende del hombre, con sus fracasos, siempre manifiestos y presentes, sino de Dios, a través del Hijo del Hombre. El título mismo es evocador del alcance

universal que Lucas le confiere al futuro. Toda la humanidad está llamada a la plena manifestación de su anhelo, la gran liberación. Anclado en lo humano y en lo divino el Hijo del Hombre hace posible el ansia de liberación de la humanidad.

Jesús se dirige a los discípulos, término que en Lucas es inequívocamente sinónimo de creyente o cristiano comprometido en la causa del Reino de Dios. Como Jesús, también el creyente experimenta la incompreensión y la amenaza dentro y fuera. En una situación así, es muy humano intentar desentenderse de todo, inhibirse, llámense diversión, bebida o afán de dinero. El texto invita al cristiano a mirar en perspectiva de utopía; trata de animarlo y confirmar su esperanza, depositada en el Hijo del Hombre. ¡Manteneos en pie ante el Hijo del Hombre!, nos grita hoy Lucas. Levantaos, alzad la cabeza: se acerca vuestra gran liberación! Luchad por ella. ¡Qué gran necesidad de este grito tenemos en nuestros días! La presencia majestuosa del Hijo del Hombre, cuando toda esperanza humana parece haber desaparecido, devuelve lo que parecía imposible: la ilusión, la certeza de nuestros mejores sueños, los sueños utópicos. Alzad la mirada. Estad atentos. No os encerréis y empobrezcáis en los reductos de una vida sin amplitudes. Es todo un programa de vida, que bien puede caracterizar al cristiano.

En el texto de San Marcos 13,24-32, el significado más obvio de "escatología" es el de un discurso sobre las realidades últimas y definitivas; se trata de realidades que están más allá de la historia, pero que se van preparando dentro de la historia; la escatología bíblica, pues, es un discurso sobre la historia, un modo de leerla y de asumirla.

La mirada del creyente, animado por la fe evangélica, lejos de encerrarse en el futuro divisa simultáneamente el presente y el porvenir. En la sorprendente perspectiva bíblica, el futuro, la revelación, ofreciendo un criterio de opción y de valorización, hace importante el "presente", la atención se dirige al presente; el futuro ofrece un criterio de orientación en el presente, pero es en el tiempo presente donde se juega el futuro. Esta es la posición frente a Jesús: él es el Hijo del Hombre que habrá de volver, pero lo decisivo es la actitud que hoy asumimos frente a su anuncio.

El punto más original del mensaje bíblico y del profético en particular es el concepto de que la historia va caminando hacia un último término bajo la dirección de Dios; la concepción griega, por el contrario, es sustancialmente cíclica; la convicción de que Dios conduce la historia hacia una salvación indestructible está ya presente en los orígenes de la fe hebrea, ahí, arraigan los gérmenes de su desarrollo sucesivo, incluida la exigencia de que esta salvación se halla más allá de la historia, en la comunión con Dios. Así, la esperanza que acompañó a Israel y más tarde a la comunidad cristiana es el encuentro entre la promesa de Dios y la situación actual, siempre llena de desilusiones, que continuamente parece desmentir la promesa y retrasarla.

Lo dicho corresponde en esencia a la visión escatológica de los profetas, una visión grandiosa y sobria al mismo tiempo, sin intento alguno de penetrar en los secretos de Dios y sin ceder a la curiosidad del "cuándo" y del "cómo"; pero esta "sobriedad" parece que cambió en el último período postexílico, cuando se desarrolló en el judaísmo una vasta literatura llamada "apocalíptica"; son tiempos difíciles, de persecución, y parece inútil la fidelidad de los buenos; se necesita un consuelo, que se encuentra en la confianza inquebrantable de que al final de los tiempos se realizará el juicio de Dios y cambiará la situación gracias a una intervención de Dios. El lenguaje de esta literatura es típico: describe los últimos tiempos, inmersos en guerras y divisiones, terremotos y carestía, catástrofes cósmicas (el sol y la luna se oscurecerán y las estrellas caerán), todo ello bajo el signo de una tremenda imprevisión por parte de los hombres, lo mismo que se presentan de pronto los dolores de parto en la mujer; y así, este lenguaje se ve ampliamente presente en el discurso de San Marcos, que no es más que el medio expresivo que utiliza para comunicárnoslo, y, por supuesto, no se pueden entender de ninguna forma estas expresiones al pie de la letra.

Se debe aclarar todavía un punto: la vuelta del Hijo del hombre en poder y majestad no significa, de ningún modo, que Dios, al final, abandona el camino del amor para sustituirlo por el de la fuerza; si así fuera, la cruz dejaría de ser el centro del plan de la salvación y el mismo comportamiento de Dios acabaría dándoles la razón a todos los que afirman que el amor es inútil, incapaz de conseguir su finalidad; sólo la fuerza es eficaz! Pero se equivocan; la vuelta del Hijo del Hombre será el triunfo del Crucificado (Mc 14,61-62), la demostración de que el amor es poderoso, victorioso.

En el texto de hoy, Jesús responde a los Apóstoles sobre cuándo sucederá esa "gran tribulación". Jesús invitándoles más bien a tomar conciencia del difícil futuro que como discípulos les espera, señala, y ésta es la peculiar aportación del texto, que esta situación de dificultad, que no va a durar indefinidamente, dará lugar a la reunión de los elegidos dispersos por el mundo, con la que terminan las penalidades de los elegidos, este es el punto culminante y razón de ser de los fenómenos cósmicos y de la llegada del Hijo del hombre.

En una obra literaria, el espacio y el tiempo son creados por el autor; este texto hay que verlo a la luz de la muerte-resurrección de Jesús, que representan para Marcos el final de un mundo y el comienzo de otro nuevo y bueno. En la literatura judía anterior y contemporánea de Marcos, la esperanza en un futuro mejor había adquirido relevancia especial revestida de tintes apocalípticos, es decir, de imágenes sombrías y grandes cataclismos de la naturaleza cargadas de sentido metafórico, es decir, que la verdad no está en lo que afirman, sino en lo que traslucen: la esperanza en un futuro mejor. Así, San Marcos usa este lenguaje metafórico, no para anunciar la crónica de un futuro, sino para formular una esperanza de novedad y de bondad, esperanza que se realiza en la resurrección de Jesús, que pone fin a la dificultad y a la tribulación, representadas por la muerte de Jesús. Con este esquema, modelo o paradigma es con el que Marcos habla del fin del mundo y de la llegada gloriosa del Hijo del Hombre, a fin de que los discípulos tengan la certeza de que la penalidad que tendrán que padecer será pasajera. La resurrección de Jesús es la garantía del final de sus penalidades y de su dispersión.

Camilo Valverde Mudarra